

OPINIÓN

EL COMIENZO del mes de difuntos, lejos de ser triste, suponía para los niños del pueblo uno de los momentos festivos del año. El Día de Todos los Santos nos vestían con ropa de domingo para pasar toda la tarde en el cementerio. Antes habíamos acompañado a los padres, madres, hermanos, tíos y abuelos a adecantar la tierra de las sepulturas. De un año para otro crecían las hierbas y había que cavarlas con la azada para volver a construir el montículo en forma de rectángulo que se asemejaba a un ataúd. Una tumba bien cavada y adornada de flores era un orgullo.

Los niños jugábamos entre las tumbas. Recuerdo, nítido, aquel Día de Todos los Santos en el que derribé una cruz de mármol mientras corría detrás de mis amigos. Excuso decir la torta que me llevé y el disgusto de mi madre.

La muerte iguala a todos. Pero a los vivos los separa también el camposanto. El cura recorría

todas las sepulturas, una por una, rezando los responsos. «Dale, Señor, el descanso eterno y brille para él la luz perpetua...». Los ricos emigrados a las ciudades llegaban y echaban en el gorro del cura billetes de 100, 200 y hasta 500 pesetas. La cuestión era aparentar.

Casi cinco décadas después de aquella

forma de vida, cada vez se reza menos a los muertos y los niños no van a jugar nunca a esos lugares. Qué horror sólo pensarlo, ¿verdad? Ahora la gente se pone al resguardo de la muerte hasta que ya no hay más remedio. Los cementerios de los pueblos cada vez están más solos. Los que hemos dicho adiós a abuelos, padres y hermanos volvemos a nuestros muertos cuando empieza noviembre.

Las pérdidas nos moldean y nos explican. La mejor literatura de pérdidas, la que pone palabras a los sentimientos en las horas centrales del duelo, suma un título más. Un libro magnífico. Se titula *Una estela salvaje* y lo ha escrito la periodista y escritora americana Kathryn Schulz. En su caso, a la pérdida del padre suma el hallazgo de un amor inesperado. Pero el llanto no hay quien se lo quite. Las pérdidas, dice ella, nunca desaparecen y el duelo puede regresar en cualquier momento. Y la mente nos llevará al lugar del pensamiento donde se esconde la pregunta. Cómo y cuándo llegará nuestro destino. Quién morirá de viejo, quién por accidente de tráfico, quién por una bomba, quién por cáncer, quién por gripe, o quién a los 23 años por la caída de un árbol en la calle más rica y elegante de Madrid. Allí es donde lo tenía.



EL ÚLTIMO ESCAÑO
IÑAKI ELLAKURÍA

Sánchez, Omella y los encubridores

CONOCIDA ya por todos la farsa García-Page, cuyas promesas de oponerse a los tratos de Sánchez con el nacionalismo y/o la *podemia* acaban siempre en la penúltima genuflexión del baroncente bravucón, anda la prensa buscando a un socialista bueno y digno. Algún quijote posmoderno que se oponga públicamente al acuerdo de investidura-amnistía del PSOE con ERC (a la espera del regalo sanchista a Puigdemont: ¿un relator internacional, la definición de Cataluña como nación, el Espanyol eternamente en Segunda?), que, como ha apuntado con su brillantez habitual Aurora Nacarino, se asemeja a un humillante proceso de descolonización.

Un nuevo 98 español, el regreso al otoño de 2017, con el Estado entregando al nacionalismo hasta las letrinas de una vieja comisaría barcelonesa para abandonar, definitivamente y a la carrera, Cataluña, asumiendo como inevitable una nueva arquitectura

confederal en la que las *naciones* sean el único sujeto de soberanía y el «Estado español», una carcasa.

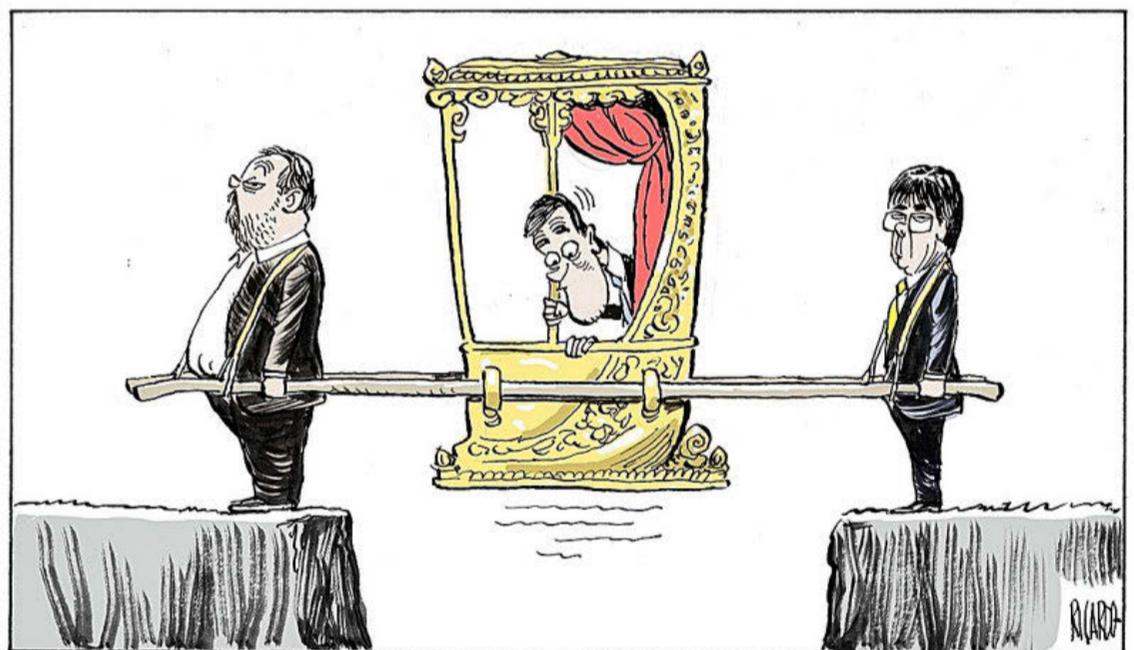
Modestamente, recomiendo a mis compañeros de profesión que no se esfuercen demasiado: no encontrarán ni los resquicios de un viejo PSOE opuesto a la banda de Sánchez, tan parecida a las bandas de Felipe y Zapatero, como tampoco un cargo o votante –los mayores responsables del auge y permanencia del sanchismo– que vaya a apartarse de la doctrina del partido, porque el PSOE es para ellos mucho más que una formación política: es la garantía de su subsistencia material y, a la vez, un dogma de fe. Una creencia de sustitución que las lleva a ordenarse y actuar de forma semejante a una organización sectaria y/o religiosa. De hecho, las similitudes entre el Comité Federal de palmeros socialistas y la Conferencia Episcopal presidida por Omella son estos días evidentes. La cúpula eclesiástica ha aprovechado el disparatado número de víctimas que presentó el dueto cómico Gabilondo-Michavila, los 440.000 españoles en edad adulta que habrían sufrido abusos sexuales por parte de miembros de la Iglesia, para desacreditar la inverosímil cifra, restar gravedad a lo sucedido –vinculado al celibato y, muchas veces, a una homosexualidad reprimida– y desviar la atención de la cuestión nuclear y temida: que se investigue e identifique a quienes encubrieron a los abusadores pensando en proteger la institución y su obra. Encubridores por acción u omisión que apenas se diferencian moralmente de estos cargos y votantes socialistas que, por un equivocado sentido de lealtad, callan, blanquean y permiten a Sánchez.



ASUNTOS INTERNOS
LUCÍA MÉNDEZ

Las pérdidas nos explican y moldean

RICARDO



MIQUEL BUCH era consejero de Interior de la Generalitat. En la mañana del 18 de octubre de 2019 hizo balance de la semana: se habían alcanzado niveles de violencia «sin precedentes en 25 años» [recientemente ha sido condenado por desviar fondos públicos para la protección privada de Puigdemont; no irá a prisión ni será inhabilitado; se beneficiará de la amnistía]. Lo peor estaba por

llegar. Esa noche, cerca de la Jefatura de la Policía Nacional de Via Laietana, los separatistas montaron unas barricadas a las que prendieron fuego. Un par de días antes, Torra había instado a los CDR: «Apretad, haréis bien en apretar».

El asedio duró horas. Lanzaron contra la fachada huevos



LIBRE DE MARCA
JAVIER REDONDO

Estampas crudas de otoños y oprobios

ojo, sufrió daños cerebrales, en la médula espinal y otras lesiones crónicas. Tenía 41 años. Hoy recibe la pensión de incapacidad permanente.

Al día siguiente, Sánchez viajó a Barcelona para acompañar a los policías hospitalizados. No saludó a Álvarez porque

y pintura. Luego cohetes, bolas de acero, cristales, piedras y adoquines, un semáforo y otras señales de tráfico. Un cascote de más de cinco kilos impactó en la cabeza del policía Iván Álvarez. Otros 200 agentes cayeron heridos esos días. Lo último que recuerda Álvarez es que después de media hora de aguantar la embestida, se retiró a descansar. De repente le estallaron el casco y la cabeza. Perdió la visión de un

estaba en la UCI. Transmitió a los mandos «su apoyo y el orgullo de contar con ellos» y elogió «su trabajo y su esfuerzo por mantener la seguridad y la convivencia» [la convivencia...]. Por último aseguró y fingió severo: «No estáis solos». Que la amnistía incluya a los policías que se jugaron la vida por mantener el orden y la vigencia del Estado de Derecho frente a los terroristas le añade quilates de indignidad y oprobio.

Dos años antes, en octubre de 2017, la policía detuvo un convoy de los Mossos. Transportaba 36 cajas de documentos a una incineradora. Los papeles demostraban que los Mossos informaban a Òmnium y ANC de las operaciones de la Guardia Civil para frenar el 1-O. Con esa información, los *Jordis* planificaron el asalto a la Consejería de Economía. Sabían la ruta de registros de la Guardia Civil y cuándo cercar a la secretaria judicial. Ella [la Ley] escapó de madrugada por la azotea, saltando al edificio contiguo. Abajo, la turba aclamaba a Junqueras, Rufián y Forcadell. La amnistía es esto: quiebra, impunidad y oclocracia.